



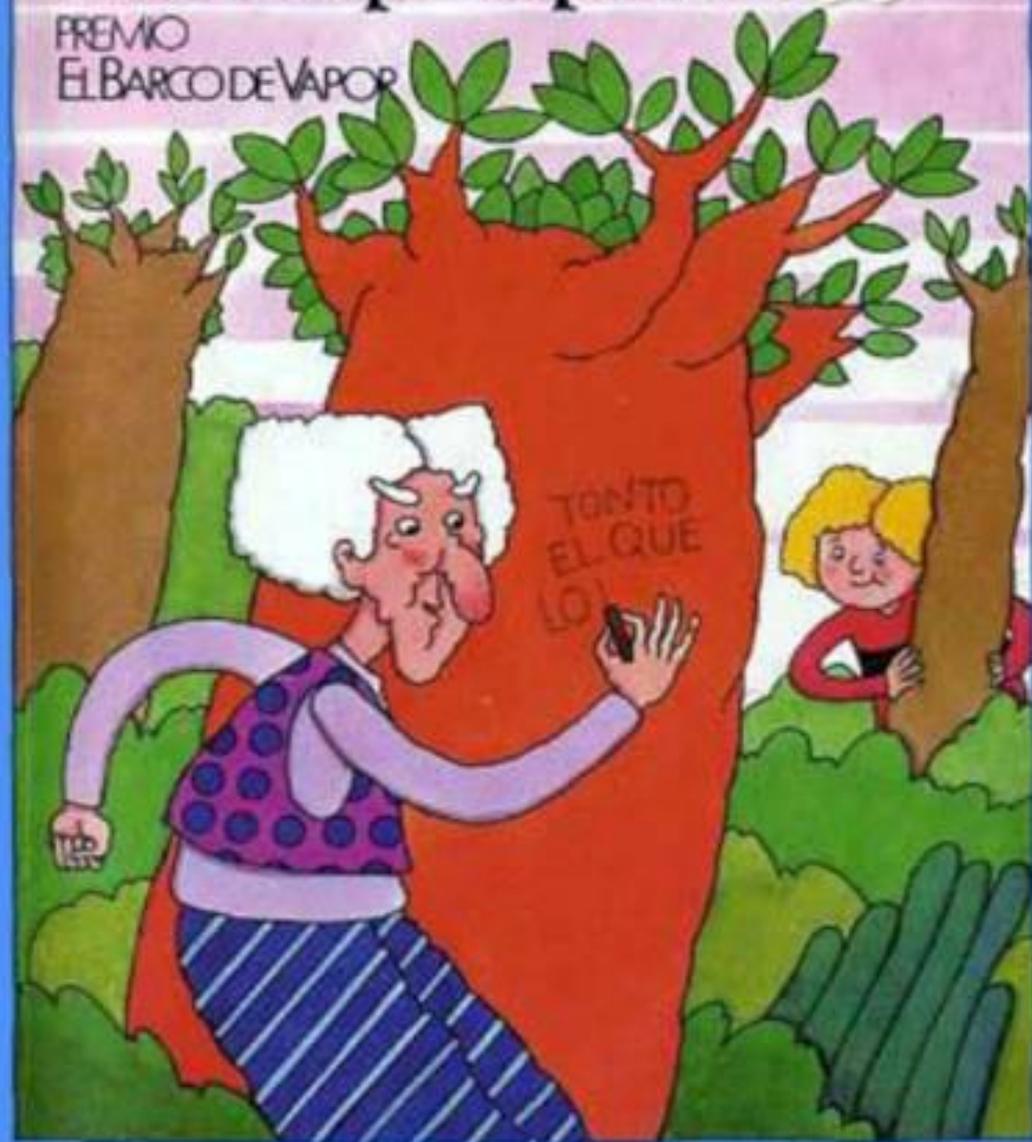
EL BARCO DE VAPOR

Consuelo Armijo

El Pampinoplas



PREMIO
EL BARCO DE VAPOR



Poliche es un niño que va a visitar a su abuelo al campo. En vez de una estancia aburrida se convierte en una fantástica aventura en la que está implicado el Pampinoplas, un personaje que tiene aterrorizado a todo el pueblo. ¿Lograrán ambos descifrar ese enigma?

—Cuéntame un cuento —dijo Inés.
Pero como era muy tarde no se lo conté.
—Otro día —le prometí—, otro día te lo contaré.
Y aquí lo tienes, Inés.
Lo escribí para que saliera mejor.
Este cuento es para ti.

1. Las carreras

NADA por la derecha, nada por la izquierda, solamente hierba y algunas vacas. El coche rodaba y rodaba.

—Pero ¿dónde vive el abuelo?

—En mitad del campo, te lo he dicho mil veces —le contestó a Poliche su madre.

Era verdad, pero lo que Poliche quería saber era que dónde estaba la mitad del campo, y que cuándo iban a llegar. Pero su madre siempre le contestaba lo mismo, porque Poliche siempre hacía la pregunta de la misma manera y no se entendían el uno al otro.

Por fin, allí, lejos, donde debía ser la mitad del campo, se vio un tejado de paja, unas ventanas con persianas azules y unas paredes blancas. ¡Era la casa del abuelo!

El abuelo salió a recibirles.

—¿Conque este mocito es mi nieto? —dijo, mirando a Poliche con curiosidad—. ¡Hay que ver lo que he dado de sí! —y pareció que se ponía orgulloso.

Poliche también miró a su abuelo con curiosidad para ver por dónde había dado de sí, pero por más que se fijó sólo vio un viejecillo más bien encogido. Claro que esta vez no preguntó nada, porque tenía la vaga impresión de que tampoco le iban a contestar bien.

El abuelo y la madre hablaron durante un gran rato. Poliche se entretuvo en deshacer su equipaje. Su nueva habitación era pequeña, abuhardillada, muy bonita. En el techo

había una ventana y estando tumbado en la cama se podía ver el cielo.

—Bueno, adiós, Poliche, hijo —dijo su madre, besándole mucho—; espero que te diviertas con el abuelo.

El abuelo se enfadó:

—¿Tú lo esperas? —chilló—. Pues yo estoy seguro. Sería el primero que se aburriría conmigo. ¡Pues no faltaba más!

La madre no discutió, se marchó sonriendo y Poliche se empezó a divertir.

—¿Sabes inflar globos? —preguntó el abuelo.

—Claro —contestó Poliche.

El abuelo sacó un cajón de coca-colas que estaba lleno de globos desinflados.

—Pues manos a la obra.

—¿Es que vamos a dar una fiesta? —preguntó Poliche.

—No —contestó el abuelo—, vamos a organizar una carrera.

¡Qué día! Es que Poliche no se enteraba de nada.

El abuelo iba atando todos los globos inflados con el mismo cordel y un nudo muy ligero, pero antes les metía una piedrecita dentro.

—Es para que no vuelen. En las carreras está prohibido volar —explicó.

Poliche ni chistó ante esta nueva información.

Luego, el abuelo trajo una caja de zapatos que estaba llena de coca-colas, y bebieron.

—Es preciso beber coca-cola después de inflar globos —dijo el abuelo— para recuperar el aire que hemos soltado.

—¿Eh? —se aventuró a preguntar Poliche.

—Todas las burbujas de la coca-cola están llenas de aire —explicó el abuelo.

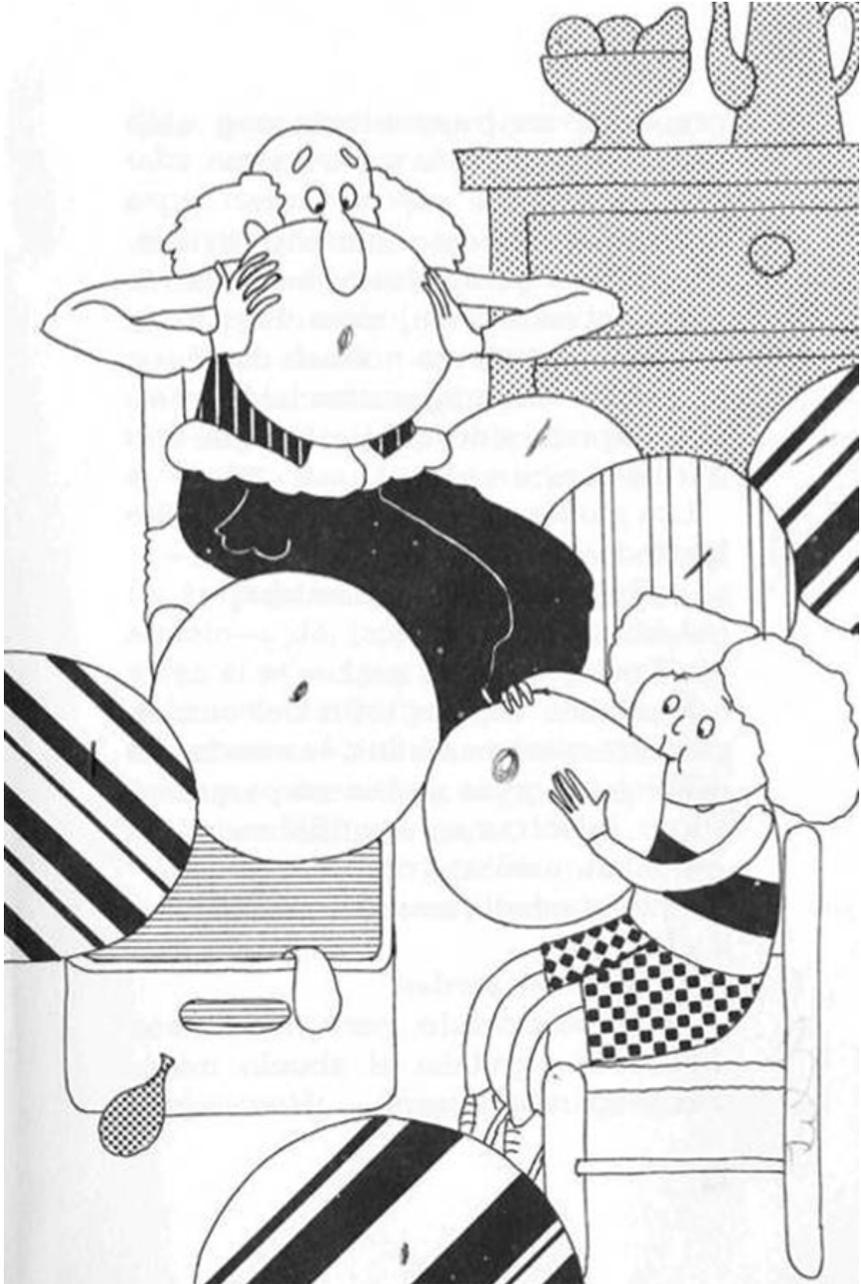
—¡Ah! —dijo Poliche, que esta vez había comprendido.

—Y ahora —dijo el abuelo—, a ver la carrera.

—¡Oh! —dijo Poliche emocionado.

—Oye, niño, ¿es que te enseñaron el abecedario en jueves? Y como Poliche no entendió bien la pregunta, se puso nervioso y contestó:

—Uh, uuh.



Pero el abuelo entendió la respuesta. Eso quería decir que sí, que lo había aprendido en jueves. Pero no le importó, lo cual era normal, dado que la cosa no tenía importancia; lo anormal hubiera sido que le hubiera importado.

Los globos ya estaban alineados delante de la casa.

—¿Por qué globo apuestas?

—Por el anaranjado.

—Pues yo por el azul.

El abuelo dio un tirón del cordón con que estaban atados, los nudos se deshicieron y los globos empezaron a correr mientras se desinflaban.

—¡Azul, azul! —gritaba el abuelo.

—¡Anaranjado, anaranjado! —gritaba Poliche.

¡¡Y ganó el verde!!

—¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! —gritaba el abuelo mientras preparaba la cena—. ¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! —gritaba entre cucharada y cucharada de sopa, cada vez más entusiasmado—. ¡Hemos perdido, pero nos hemos divertido! —seguía gritando ya en pijama a punto de meterse en la cama.

—Oye, abuelo —preguntó Poliche, que había estado pensativo todo el rato—. ¿Por qué los globos empezaron a correr cuando deshiciste el nudo?

—Porque el aire, al salir por detrás los empuja hacia adelante —explicó el abuelo—. ¡Ja, ja, ja! Los sabios llaman a eso el principio de la acción y de la reacción. ¡Ja, ja, ja! Qué nombres se les ocurren. —Y el abuelo se metió en la cama y se durmió en seguida, agotado de haber chillado tanto.

Poliche tampoco tardó mucho en dormirse en su cama, desde la que se veía el cielo.

2. Un fracaso

AL día siguiente vino Anacleta en una bicicleta a visitar al abuelo. Anacleta estaba furiosa porque el Pampinoplas le había quitado sus zapatillas.

—¿Has barrido bien debajo de la cama? —preguntó el abuelo.

—¡Sí, y no están ahí!

—Pues a lo mejor es que las has metido en el horno sin darte cuenta.

Anacleta se volvió hacia Poliche en busca de comprensión:

—Tu abuelo cree que el Pampinoplas no existe, pero ¡vaya que sí!

—Y ¿cómo es? —preguntó Poliche.

—Pues nadie lo ha visto, pero se cree que muy feo.

—Ni caso, hijo, ni caso —dijo el abuelo, y cambiando de conversación añadió—: Oye, Anacleta, me gustaría dar una fiesta para mi nieto. ¿Por qué no les dices a los niños de tu pueblo que vengan?

—¿Qué niños? —exclamó Anacleta.

—Todos —contestó el abuelo.

—Bueno, es que el uno sólo tiene tres meses, y el otro está con el sarampión.

El abuelo se quedó pasmado.

—Ya sólo quedamos viejos en los pueblos, Agapito (éste era el nombre del abuelo), ya sólo quedamos viejos.

Don Agapito se puso triste.

—No te preocupes por lo de la fiesta, abuelo —dijo Poliche cuando Anacleta se hubo marchado—. En vez de eso podías comprarme una bicicleta.

Y don Agapito se volvió a poner contento.

—¿Te gustaría eso? Pues esta misma tarde vamos por ella.

Ahora fue Poliche el que se puso muy requetecontentísimo. ¡Una bicicleta! ¡Vaya suerte!

Nada más comer, abuelo y nieto se dirigieron al mercado. Poliche se subía a todos los árboles de puro nervioso que estaba, mientras don Agapito, que caminaba más despacio, iba detrás cantando cuplés.

—Elige la que quieras, hijo; elige la que quieras —dijo el abuelo cuando llegaron al puesto de bicicletas.

Poliche eligió una preciosa que se parecía a la de Anacleta.

—Tenga —dijo el abuelo dando un billete de cien pesetas al vendedor—, y quédese con la vuelta para celebrar la llegada de mi nieto.

El vendedor se quedó boquiabierto.

—¡Señor, señor! —gritó al abuelo, que ya se iba tan contento con Poliche—. Que esta bicicleta vale tres mil pesetas, y aquí sólo van cien.

—¿Cómo es posible? Si en mis tiempos sólo valían diez. Por mucho que hayan subido.

—Ha llovido mucho desde sus tiempos, abuelo —dijo el vendedor, quitando la bicicleta a Poliche y devolviendo las cien pesetas al abuelo—. Ha llovido mucho.

—Válgame Dios, válgame Dios —iba diciendo el abuelo mientras caminaba de vuelta de la mano de Poliche.

—Válgame Dios, válgame Dios —iba diciendo también Poliche. Y en esto tuvo una idea—: Abuelo, a lo mejor podemos fabricar una con ese carro viejo que tienes en el patio.

3. La bicicleta

LA bicicleta salió algo original, pero andaba que se las pelaba. Me refiero sobre todo a cuando iba cuesta abajo.

—¡No vayas tan deprisa, Poliche, y tira de la cuerda hacia la derecha! —gritaba el abuelo, que iba sentado en la parte de atrás.

El abuelo y Poliche habían trabajado mucho para hacer la bicicleta. Todo salió a la primera, menos algunas menudencias: por ejemplo los pedales, que en vez de menear las ruedas meneaban el asiento arriba y abajo, arriba y abajo. Poliche se había pasado horas pedalea que te pedalea subiendo y bajando, subiendo y bajando.

—Te vas a marear —decía el abuelo—; quita, quita que lo voy a arreglar.

Y don Agapito, después de pensarlo mucho, decidió suprimir las dos cosas: los pedales y el asiento.

—No sirven —dijo.

Poliche se quedó algo chafado, pero entonces comprobó que el manillar torcía las ruedas de tal manera que la bicicleta se ponía a dar vueltas y vueltas como un tiovivo.

—¡Qué barbaridad! —decía el abuelo, viendo a Poliche girar y girar. Y en esto—: ¡No sirve! —dijo, y de un manotazo arrancó el manillar.

Poliche se cayó sentado.

—Pero no te preocupes, hijo —dijo el abuelo al ver la cara algo mustia de Poliche—, que esto lo arreglo yo.

Y como el abuelo entendía mucho de principios de acción y reacción y cosas parecidas, armó una vela con sábanas viejas, las varas del carro y unas cuantas cuerdas.



—Si hay barcos de vela, ¿por qué no va a haber bicicletas también?

¡Y resultó que funcionaba!

—Súbete, Poliche, que vamos a devolver la visita a Anaclea —dijo el abuelo.

Al principio iba despacito. Poliche miraba el paisaje, que era muy bonito, pero fue coger la cuesta abajo y... ¡Jesús, qué despendolo!, ni paisaje ni nada se podía ver a esas velocidades.

La bicicleta iba por los aires cuando entraron en el pueblo.

—¡Mamá, mamá, mira: un cocodrilo que vuela! —dijo Carlos, el niño que tenía sarampión y al que habían colocado al lado de la ventana para que se entretuviera viendo los gorriones.

—¡Frena, Poliche, frena, que nos pasamos! —chillaba el abuelo.

Poliche por fin logró frenar y la bicicleta aterrizó.

—Pero niño, ¿qué dices? —dijo la madre de Carlos—, si eso no es un cocodrilo, es un hipopótamo.

Pero enseguida salieron el alcalde y Anaclea y reconocieron al abuelo, que se estaba apeando.

—¡Agapito! —chilló Anaclea llena de alegría.

Al poco, el pueblo entero rodeaba la bicicleta. Sólo faltaba doña Rufina, que estaba muy enfadada porque el Pampinoplas le había quitado su cepillo de dientes y no quería ver a nadie.

El alcalde y Anaclea querían convidar al abuelo y a Poliche a merendar, y el abuelo estaba hecho un lío, porque no quería desairar a ninguno. Fue Poliche el que solucionó el problema:

—Pues primero vamos a casa de uno y luego a la del otro.

Y así lo hicieron. A Poliche le gustó más la merienda que le dio Anaclea, porque había helado de fresa.

Luego fueron a ver a Carlos, el niño enfermo, y jugaron con él tres partidas de parchís y dos de oca.

Al atardecer, el abuelo y Poliche se dispusieron a marcharse.

Todo el pueblo, incluida doña Rufina, que ya estaba mejor de la rabieta, salió a despedirlos.

Poliche y el abuelo se montaron en la «bicicleta». Todos contuvieron el aliento.

Y pasó..., y pasó..., bueno, para resumir, pasó que como apenas había aire y el camino era cuesta arriba, la bicicleta no se movió y tuvieron que regresar en autobús.